

*Crisis y Soberanía***Recuperación de lo Perdido**

POR LORENZO MEYER

LAS explicaciones pueden ser muchas pero lo que es imposible negar es el hecho mismo: México es hoy menos capaz que hace cinco, diez o veinte años, de ser el arquitecto de su propio destino. Los voceros oficiales pueden decir que el gobierno decidió por sí mismo y sin presiones entrar al GATT, disminuir la participación directa del Estado en la economía, negarse a iniciar una moratoria en el pago de su deuda externa, o poner fin a una buena parte de los viejos subsidios "populistas", pero lo que tampoco es posible negar es que estas políticas corresponden, como la imagen de un espejo, con las exigencias explícitas que han hecho a México el gobierno estadounidense y la comunidad financiera internacional. Lo malo de esta coincidencia, es que la experiencia histórica y el análisis frío de la realidad actual, nos dicen que es muy poco probable que el proyecto externo —básicamente, pero no exclusivamente, estadounidense— en relación a México sea compatible con el proyecto que México debería de tener para sí mismo.

Hoy, la vulnerabilidad externa de México es enorme y lo peor del caso es que va en aumento. En las circunstancias actuales, cualquier modesto progreso que hagamos en la recuperación de nuestro crecimiento económico depende, directa o indirectamente, de decisiones tomadas fuera de nuestras fronteras, y relacionadas con los empréstitos, el precio del petróleo, los trabajadores emigrantes, etcétera. No creo exagerar si afirmo que la autodeterminación casi ha dejado de funcionar entre nosotros.

★

LAS razones por las cuales México ha retrocedido en su capacidad para mantener el modesto grado de independencia que con tanto esfuerzo se consiguió durante la Revolución, y que mal que bien se mantuvo en el período posterior, están íntimamente ligadas a una falla fundamental del autoritarismo político al que dio forma esa misma revolución. La falla a la que me refiero es la ausencia de mecanismos de corrección o autocorrección una vez que la presidencia —la pieza central de nuestro sistema y la que concentra casi todo el poder— se ha embarcado en una política que daña intereses importantes de alguna de las grandes fuerzas sociales.

Los mecanismos que tradicionalmente limitan la acción del Poder Ejecutivo en otros sistemas —el Congreso, el Poder Judicial, los grupos de presión del gran capital, los sindicatos, la prensa, etcétera— aquí de plano no funcionan o resultan impotentes para enfrentar una decisión que está respaldada por todo el poder y voluntad presidenciales. En tales circunstancias, al Presidente no lo detiene ni siquiera quien, en principio, tiene el control del mayor instrumento de poder de una sociedad civil como la nuestra: el gran capital.

Lo desproporcionado del poder de la Presidencia mexicana, aunado a un cierto deterioro del proceso de selección de las personas que ocupan ese cargo, han

llevado a que en los últimos años la sociedad mexicana quedara casi indefensa ante políticas que iban directamente en contra de los factores reales de poder que, nos gusten o no, son: la empresa privada, los trabajadores organizados y, en menor medida, las clases medias urbanas.

★

LA relativa debilidad de la sociedad mexicana frente a su gobierno evitó que funcionaran los mecanismos que hubieran podido corregir a tiempo errores como los del 2 de octubre de 1968 o la desbocada política de petrolización y endeudamiento de López Portillo. En este último caso, resulta que fue el mundo externo el encargado de levantar el muro ante el cual se estrellaría la voluntad de un presidencialismo irresponsable. En efecto, fueron los cambios del mercado petrolero, la crisis de liquidez y la consecuente suspensión de pagos sobre la deuda externa, lo que finalmente llevó a López Portillo en agosto de 1982 a poner los pies en la tierra. Desgraciadamente, para ese momento el mal estaba hecho; se volvió otra vez al tiempo de las "cartas de intención" al Fondo Monetario Internacional, las negociaciones de créditos de emergencia con Estados Unidos, y las promesas de buena conducta frente al capital nacional e internacional.

La tragedia actual de México consiste no sólo en haber hipotecado al país, en aras de un proyecto económico fallido, sino también en haber propiciado que el mundo externo —particularmente Estados Unidos— decidiera que de aquí en adelante se mantendría una estrecha vigilancia política y económica sobre México, dada la incapacidad de nuestro sistema político para controlar a tiempo los excesos del presidencialismo. Y es así como en la actualidad tenemos que asistir a espectáculos tan desafortunados como las audiencias en el congreso de Estados Unidos convocadas para examinar "el problema mexicano", la insistencia de la prensa internacional en vigilar nuestras elecciones o la última renegociación de la deuda externa, en donde sólo después de prometer pública y solemnemente que nuestra política económica seguiría los lineamientos del Plan Baker se pudieron conseguir préstamos que, en cualquier caso, son inferiores al monto que tendremos que pagar a los acreedores en el mismo plazo.

Me temo que este control foráneo formal e informal sobre lo que aquí pasa no tiene para cuándo acabar, al menos no mientras nuestro autoritarismo no dé paso a un sistema político más confiable, en donde existan los pesos y contrapesos de que habla la teoría política clásica. Dadas estas circunstancias, lo mejor que nos puede ocurrir es que seamos nosotros, y no el extranjero, los que modifiquemos nuestro sistema político, le quitemos sus características autoritarias, recobremos el consenso hoy ausente y volvamos a recuperar la soberanía que perdimos durante el espejismo petrolero.